

Salud a Juan García Hortelano

Sí, casi 40 años. En mis idas y vueltas de Madrid a Barcelona, comencé a tratarle. Él andaba con **Ángel González** y con **Carmina Labra**, y le rodeaban **Armando López Salinas** y **Antonio Ferres**. **García Hortelano** mantenía a cierta distancia, y era explicable, al torrencial y escatológico **Alfonso Grosso** y a otros entusiastas del realismo socialista, que luego se convirtieron al barroquismo andalucista.

Más tarde, cuando iba a Madrid, le visitaba en su lugar de trabajo, el Ministerio de Obras Públicas en el paseo de la Castellana: en ese ministerio estaba empleado también Ángel González. Yo llamaba a ese organismo *Ministerio de Subversión Clandestina*, y en verdad que lo parecía, por los temas que ellos y yo allí tratábamos, que no eran nada comparados con los escritos que en el lugar se producían, y con las visitas de **Armando López Salinas**, **Alfonso Sastre** y otros *rojazos* que me dejo; lo de *rojazos* lo escribo aquí porque es como entonces nos llamaban.

Juan García Hortelano escribía desde hacía tiempo. Cuando ganó el Premio Biblioteca Breve con su novela *Tormenta de verano*, empezó a visitarnos en Barcelona. Su éxito como novelista fue inmediato, y **Carlos Barral** le publicó todas las novelas que iba escribiendo. Luego ganó el Premio Formentor y se convirtió en un autor-estrella.

Pero a **Juan** nunca se le subió el éxito a la cabeza. Con su rostro de perro bondadoso e inteligente levantaba mucha caza. Me refiero a que las muchachas predecesoras del Mayo francés del 68, es decir, las hermosas burguesitas

barcelonesas se volvían locas sólo con mirarle. Pero él fue siempre un hombre serio, y no sacó partido de su ventaja sobre nosotros, que era muchísima.

Viajé con él a Cuba en 1966, cuando las cosas ya iban bastante torcidas. Digo esto porque nos enteramos de la existencia de campos de concentración para regenerar a homosexuales (no sé en qué pueda consistir eso de regenerar a un homosexual, me gustaría que me explicaran también la diferencia que existe entre esta regeneración y la practicada a un heterosexual), campos de concentración que las autoridades comunistas de la isla llamaban UMAP (Unidades Militares para la Agricultura). Y así fue que cuando nos invitaron a él y a mí a hablar a micrófono abierto en Radio Reloj, en un programa que dirigía un viejo comunista español llamado **Jerez**; soltamos, sin aviso previo, nuestra repulsa por la existencia de tales campos, y nuestras palabras saltaron al aire y en él estuvieron durante más de diez minutos, hasta que nos cortaron la transmisión.

Yo siempre he querido mucho a **Juan García Hortelano**, que, antes de casarse, se alojaba en mi casa en sus visitas a Barcelona. Mi mujer, **Ton**, y mi hija, **Julia**, sentían por él un gran cariño. Y se lo merecía.

No quiero escribir sobre su enfermedad ni sobre su muerte, una muerte que no por anunciada deja de ser injusta y cruel. Deseo recordarle siempre como el amigo sincero y cordial, moderador y moderado y lleno de razón y de afecto hacia sus amigos, entre los que siempre me supe incluido. **Juan**, no te olvido. Salud y buena nada.